

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD NECESITADOS DE TRANSCENDENCIA

Ciclo de Conferencias sobre espiritualidad. Valencia, 22 de febrero 2017

Una cita del Programa de convocatoria de estas Jornadas de Formación, da pie a mi reflexión: «Sólo el hombre de Dios, el hombre 'espiritual', en el sentido de estar llevado por el Espíritu, puede ser a la larga el hombre para los demás, el hombre para la justicia, capaz de contribuir a una verdadera transformación del mundo, que vaya eliminando de él las estructuras de pecado... capaz de descubrir y sumarse activamente al dinamismo más profundo y eficaz de la historia, aquel que la empuja hacia la construcción, ya iniciada, del Reino de Dios»¹.

Esta cita del *P. Arrupe* es profundamente comprometida: parece hacer depender la transformación del mundo y el adelanto de la llegada del Reino de que el hombre sea un hombre de Dios, un hombre «espiritual». Por otra parte, el título de esta reflexión «El hombre y la sociedad necesitados de trascendencia», parece señalar que precisamente el hombre moderno vive esta carencia de espíritu, de trascendencia. Nos encontramos, pues en una encrucijada: el mundo necesita el espíritu para ser transformado y el hombre moderno parece estar carente de él.

1. El hombre y la sociedad de hoy, ¿están, realmente, necesitados de trascendencia?

El título de esta reflexión, «El hombre y la sociedad necesitados de trascendencia», convertido en una pregunta, nos lleva a acudir al significado de esta palabra: trascendencia.

1.1. Acudimos al diccionario

El Diccionario de la RAE define la palabra trascendencia con estas palabras: Del lat. *transcendentia*. Ofrece tres significados: 1) f. Penetración, perspicacia; 2) f. Resultado, consecuencia de índole grave o muy importante; 3) f. Fil. Aquello que está más allá de los límites naturales.

Las tres acepciones pueden ser oportunas en esta reflexión. Entendemos transcendía como capacidad de penetración de perspicacia, de ir más allá de lo que aparece. Pero sobre todo unimos las otras dos acepciones: entendemos que es de gran

¹ Pedro Arrupe, S.I., *Formación para la promoción de la justicia, en: La Iglesia de Hoy y del futuro*. Mensajero. Sal Terrae, 1982, p. 357-358.

trascendencia, que puede tener consecuencias graves para el futuro del hombre y de su historia replegarse en su propio ego, ignorando algo que está más allá de sí mismo, cerrándose a «aquello que está más allá de los límites naturales».

El ser humano se hace preguntas que muestran su apertura a la trascendencia. Por ejemplo, la búsqueda de un sentido de la vida, la pregunta sobre la muerte, la búsqueda del origen del universo... el mismo interrogante sobre la existencia de Dios, son preguntas que conectan al ser humano con la trascendencia de aquello que está más allá de sí mismo y que no puede controlar porque trasciende a su voluntad. Te trasciende aquello que está más allá de ti porque está fuera de tu campo de actuación concreto.

El ser humano es un ser que vive a caballo entre su experiencia terrenal y la búsqueda de respuestas trascendentales. Es decir, cualquier persona afronta asuntos cotidianos como ir al trabajo, salir de fiesta, hacer las tareas de la casa... con otros asuntos más espirituales como la búsqueda de la felicidad, alcanzar la satisfacción del encuentro en el amor... El equilibrio entre vivir la vida en lo cotidiano, afrontando lo que nos presenta la vida ante nuestros ojos cada día y la búsqueda serena de respuestas a las grandes preguntas que nos trascienden porque no dependen de nuestros sentidos ofrece una calidad de vida. Vivir siempre centrado en el plano de la trascendencia sería como no tener los pies en el suelo. Pero también, vivir el día a día sin pararte a pensar en qué hay más allá de ti mismo es dar la espalda a una realidad vital que te es propia.

Podríamos proponer una primera tesis. El hombre moderno vive en un cierto desequilibrio: centrado en lo cotidiano, en las respuestas inmediatas a los problemas que le presenta los sentidos, parece haber olvidado, o simplemente ignora conscientemente, las grandes preguntas que le trascienden. Esto hace que el hombre moderno camine por la vida como esa paloma que se arrastra por la calle porque tiene heridas las alas.

2.2. Un referente de la reflexión actual: Zygmunt Bauman

Uno de los referentes de la reflexión actual, *Zygmunt Bauman*, sociólogo de la «modernidad líquida»², recientemente fallecido a los 91 años, decía que vivimos en un estado de «confusión total»³. Incluso aseguraba que no se vislumbra por el momento un cambio. Pero sin embargo no perdió la esperanza. Alcanzó su fama al aplicar el adjetivo «líquido» como calificativo del mundo postmoderno, denunciando así la «falta de consistencia», lo efímero, la inseguridad, el egoísmo, la indiferencia que marcan las relaciones.

² Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³ Cf. Juan Carlos Rodríguez, *Dios nos libre de perder la esperanza*. Reseña en *Vida Nueva*, n. 3021, 40 ss. Cito diversos pensamientos de esta reseña.

Convertido en un referente moral e intelectual, supo decirnos con claridad por qué esta postmodernidad en que vivimos nos conduce al caos -desarraigo, precariedad, pobreza, desigualdad, refugiados...- y la urgencia con la que necesitamos huir del individualismo feroz y del consumismo al que nos hemos condenado, creyendo que compramos felicidad. El individualismo y el consumismo con dos destellos del hombre cerrado a la transcendencia, el hombre plegado sobre sí mismo.

La única solución, proponía *Bauman*, es vivir -y creer- con el otro y para el otro: con responsabilidad, con libertad, asumiendo las diferencias y la pluralidad, creando vínculos a través del diálogo y la universalización de los derechos fundamentales políticos, sociales y culturales. En resumen: humanismo, comunidad, solidaridad.

Denunciaba la sociedad de consumo como una sociedad que promete una felicidad terrenal, aquí y ahora y en todos los *ahoras* siguientes, es decir felicidad instantánea y perpetua. Felicidad inútil porque conlleva una constante insatisfacción que, además nos obliga a ver al próximo, al diferente, al otro como un enemigo. «El progreso ha dejado de ser un discurso que habla de mejorar la vida de todos para convertirse en un discurso de supervivencia personal»⁴. Sin embargo, el autor no perdió la esperanza: «Tengo esperanza en la razón y la conciencia humana, en la decencia. La única verdadera preocupación es cuántas víctimas caerán antes de lograrlo. Esta es nuestra plegaria. No soy un profeta. Si perdemos la esperanza será el fin, pero Dios nos libre de perder la esperanza...» Aseguraba el pensador: «Dios existirá mientras siga existiendo la incertidumbre existencial humana y eso significa que existirá siempre»⁵.

Este *excursus* sobre un pensador de gran actualidad responde a la pregunta que formulábamos al inicio: ¿realmente estamos necesitados de transcendencia? El sociólogo *Bauman*, que se mueve en los aledaños de la fe, la reclama. Incluso la propone como la vía que nos sacará del «estado de confusión total» en que vivimos. Afirmaba: «Yo soy un sociólogo, no un teólogo, no estoy preocupado por la prueba de la existencia o la inexistencia de Dios. Por lo que sí estoy preocupado es por la importancia de la religión y del creer en Dios en la totalidad de la humanidad»⁶.

Respondemos a la primera pregunta con una afirmación rotunda: sí, el hombre y el mundo moderno están necesitados de transcendencia. Nos apoyaremos en algunos pensamientos filosóficos y en lo más humano y cotidiano para reforzar esta afirmación.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.* Conviene tener en cuenta las aportaciones de *Gianni Vattimo* sobre el denominado, por el mismo autor, «pensamiento débil»: Cf. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*, Gedisa 2004; ID, *¿Verdad o fe débil?* Paidós, 2011; Cf. Alfonso Crespo Hidalgo, *El rostro humano de la crisis. Diagnóstico ético y reflexión existencial*, en Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Málaga, n. 63 (2012).

2. Una búsqueda constante de la trascendencia

La búsqueda de la trascendencia ha dado lugar, en parte, a la historia de la filosofía, jalonada por nombres como *Platón, Kant, Hegel, Sartre...* A través de la historia de la filosofía y el pensamiento de sus autores, cualquier persona se conoce también mejor a sí misma.

La reflexión sobre la trascendencia surge de la capacidad de observación de todo ser humano que es capaz de pensar no sólo sobre aquello que ve sino también, sobre aquello que no ve. La trascendencia muestra la espiritualidad de una persona que tiene diferentes formas de expresión, entre ellas la religión.

2.1. El mito de la caverna de Platón como parábola

Uno de los pasajes más populares de la filosofía, es el llamado mito de la caverna de Platón. El libro VII de la *República* comienza con la exposición del conocido mito, que utiliza Platón como explicación alegórica de la situación en la que se encuentra el hombre respecto al conocimiento. En ella, Platón explica su teoría de cómo podemos captar la existencia de los dos mundos: el mundo sensible (conocido a través de los sentidos) y el mundo inteligible (sólo alcanzable mediante el uso exclusivo de la razón).

Así describe el mito *Fernando Rielo*: «El mito de la caverna de Platón describe un antro oscuro, tenebroso, donde está reclusa la humanidad. Los individuos, prisioneros desde su nacimiento con cadenas que les impiden mirar la hoguera de luz que inunda su espalda, solo pueden contemplar al fondo de la cueva sus sombras proyectadas y las de los objetos que portan: es un mundo de fantasmas y de fragilidad, de contingencia, de indigencia.

Este mito contiene toda una filosofía de la vida. En él, la humanidad aparece como una comunidad de intereses, sobresaliendo entre ellos el poder de sobrevivir dentro de la caverna. Los seres humanos deben entenderse para sufrir lo menos posible. La tolerancia y la intolerancia son los dos polos en los que ellos se mueven. Unos son más tolerantes y otros menos. Las sombras de la caverna se difuminan con el rayo de luz, formándose una cierta claridad, luz casi opaca, lo suficiente para ver la proyección de las sombras, sujetas a toda suerte de interpretaciones. Es el mundo, donde todo es opinión, todo es conveniencia, todo es acomodación a unas circunstancias .

He aquí que uno de los individuos de este antro cavernoso es liberado y, puesto frente a la luz, contempla una nueva realidad más profunda y fundamento de la primera construida solo de apariencias. Este hombre es conducido hacia el exterior de la caverna a través de una áspera y escarpada subida. Es un ser humano que va a dejar la caverna, el mundo de las sombras, de los intereses, de las intolerancias, de la gran miseria que se

deriva del solo hecho de sobrevivir. Después de muchos esfuerzos, consigue salir del antro y se encuentra con el Olimpo -nosotros diríamos el cielo-. Naturalmente, este otro mundo es de mayor realidad, es un mundo de ser, maravillosamente existencial. Aquí todo es auténtico..., todo es evidencia. En este cielo, todo es lo que es, lo que debe ser, lo que tiene que ser...

El mito platónico me sirve de parábola, de comparación entre el instinto y el espíritu. El instinto es la caverna; el espíritu se muestra como recién nacido con la luz...»⁷.

Este hombre extraordinario que ha dejado la caverna, una especie de santo, héroe, científico, se siente obligado a penetrar otra vez al interior de la caverna para liberar a sus antiguos compañeros, y decirles que hagan el mismo esfuerzo de salir de ella para que vean lo que él ha visto: el existir purísimo, lo inmutable, lo que es siempre del mismo modo; en una palabra, la verdadera vida. La vida está fuera, es lo que él vio, lo que se vive dentro de la caverna, es la muerte.

La reacción de esta pobre humanidad -en la caverna- es la incredulidad, reírse de él. Cuando este prisionero intenta desatar y hacer subir a sus antiguos compañeros hacia la luz, Platón nos dice que éstos son capaces de matarlo y que efectivamente lo harán cuando tengan la oportunidad. Dirán: ¡No es posible! ¡No es verdad! La luz le ha dejado ciego.

2.2. Actualización del mito y enseñanza de la parábola

Podemos preguntarnos ¿por qué esta incredulidad? Porque la verdad y el bien supremos se oponen a nuestros intereses, a nuestros egoísmos, a esa condena mental que estamos viviendo, aunque nos desenvolvamos mal en ella. El refrán popular de «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», se ha convertido en una forma bruta de querer justificar la desgana vital en la que está posicionado nuestro mundo.

Quedarnos en lo malo conocido es recrearnos en la oscuridad de la caverna Sin embargo, salir y buscar la luz, el bien, es comenzar a cambiar mi propio interior para poder después liberar a los que aún malviven -aunque con complacencia- en la oscuridad.

Platón nos presenta la idea de bien como el objeto más adecuado para el alma y causa de la realidad, perfección y verdad de las cosas. Dice el filósofo: «en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero, una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas; esta idea del bien mueve a quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública».

⁷ Fernando Rielo, *En el corazón del Padre*. BAC, Madrid 2014

La importancia y funciones que Platón concede en su filosofía a la idea de bien es tal que muchos autores (neoplatónicos y los primeros filósofos cristianos) la han identificado con Dios.

Concluimos: el mito de la caverna actualizado puede convertirse en parábola de la modernidad. Y la parábola nos acerca siempre de forma sencilla una enseñanza: un mundo cerrado en sí mismo, necesita alguien que desde fuera le grite que ha visto una luz, que existe un mundo más allá de la oscuridad de la caverna... un mundo que nos trasciende y nos hace vivir lo cotidiano con una novedad infinita.

3. La realidad que nos envuelve: aislamiento de la trascendencia

El mito de la caverna está en el trasfondo de algunas películas. Por ejemplo, *El show de Truman* tiene muchas similitudes con este mito, ya que plantea cómo Truman, el protagonista de la película, reacciona al ver que su vida es en realidad un *show* de televisión, siendo todo lo que le sucede nada más que un simple guión. Una realidad que le cuesta asumir porque derrumba aquello con lo que vivió, desde la desaparición de su padre hasta las relaciones amorosas, todo estuvo *guionado* por otros. Al personaje le cuesta descubrir que nunca tuvo control de su vida y cómo siempre estuvo conforme con vivir tranquilo, sin muchas aspiraciones, vivía sin problemas en su engaño.

3.1. El hombre moderno encerrado en una caverna virtual

El hombre de la «modernidad líquida» descrita por *Bauman*, vive en una nueva caverna virtual, que intenta generar su propia luz... **La realidad social que nos envuelve ha cambiado vertiginosamente**⁸. Me fijo en tres aspectos, entre muchos:

- Nos encontramos ante **una sociedad rota, dividida y fragmentada**; con un alto índice de desestructuración familiar. Una sociedad que supervalora al sujeto, generando un individualismo sutil y voraz. *Carpe diem, vivir aquí y ahora*, se ha convertido en el santo y seña del modo de vivir, especialmente de la juventud, a quienes solo les preocupa el presente: ha perdido la capacidad de la perspectiva histórica.

- Al vivir sólo el presente, obviando la memoria, **la estética ha sustituido a la ética**. Si no vengo de ninguna parte y no camino hacia meta alguna, puedo hacer lo que se me antoje, elegir cualquier dirección sea buena o mala. Esto genera una caída de los valores éticos y la preeminencia de la pura estética: el culto al cuerpo, a la belleza, a las formas, a las apariencias... cabalgamos en la piel de lo sensible.

⁸ Sintetizo un análisis de Germán Mora Compañ, en una conferencia pronunciada en este foro: *La espiritualidad de la juventud. La misericordia de Dios con los jóvenes*.

- Ello, conlleva a poner en entre dicho **la relación entre deseo y límite**. Si la persona es libre de poder conseguir cuanto se propone o desea y no encuentra a nada o a nadie -personal o colectivo- capaz de poner freno a todo lo que desea, podemos encontrarnos en medio de situaciones de verdadera locura. Entra ellas, un **consumismo devastador**: todo se puede comprar y vender, incluso hasta las personas y los sentimientos; basta tener medios económicos y se obtendrá todo lo que se desea.

3.2. Los efectos en la vida espiritual: ocultación de la transcendencia

Ante esta realidad, **el panorama religioso ha cambiado totalmente**. Ya no vivimos en una sociedad donde los valores religiosos y sus instituciones tenían una influencia social en la vida de las personas y de la sociedad. Señalemos unos datos objetivos:

- **El universo religioso que nos envolvía -creyente o no- se ha desintegrado; la transmisión de la fe, se ha roto**. Y un dato fácilmente constatable: ha descendido la práctica religiosa, sobretodo, en la asistencia a la misa dominical.

- Todo ello es producto de una **fuerte crecida de la secularización, de un abandono de los valores religiosos y de la presencia que la vida religiosa tenía en la sociedad**. Lo sagrado ha tenido que buscar nuevos enclaves, empujada hacia el área de lo privado y oculto.

- La sociedad actual, marcada por los valores de la posmodernidad y la complejidad social, **no permite que Dios se haga presente en ella**. Tiene inculcada como una especie de anticuerpo que le hace rechazar lo que ella misma no maneje o haya creado. El hombre posmoderno no podrá nunca amar a Dios «con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente» (Dt 65, Lv 10, 27) porque es hijo de las «pertenencias débiles y líquidas». Aquí está una de las raíces de la incapacidad generacional para la fidelidad, para la permanencia creativa en la vocación recibida, sea matrimonial o religiosa.

- Por ello, también, **la sociedad posmoderna desconfía de la Iglesia, porque aparece como excesivamente controladora del pensamiento y de la conducta**. Algunos, sin más, la rechazan o pasan de ella. Otros, prefieren vivir su fe por libre, sin estar sujetos a nada ni a nadie y, mucho menos, a cualquier tipo de norma, que venga impuesta por una autoridad superior. **Cada persona quiere vivir la religión a su manera**, sin demasiadas exigencias ni responsabilidades, buscando solamente la apetencia religiosa y el hecho de hacer que uno se sienta bien en un determinado momento sin más consecuencias. Todo esto está derivando en un nuevo concepto de religión, en lo que se está denominando la «religión invisible»⁹.

⁹ Cf. *Ibid.*

Es ilustrativa la descripción de la juventud que hace Germán Mora Compañ y que podemos extender a la sociedad en general: «Podemos decir que el perfil de joven que se ha derivado de esta situación es: jóvenes de lo personal, lo próximo y lo concreto; pluralistas, permisivos y tolerantes; que valoran la amistad, el grupo y el compañerismo, pero sin demasiados compromisos; jóvenes de la noche con un sentido lúdico y festivo, acompañados del alcohol y las drogas; jóvenes solidarios pero no demasiado comprometidos. Jóvenes a quienes a pesar de todo, no les interesa la política ni los políticos; jóvenes que viven con una fuerte carencia de identidad, fragmentados e inseguros ante la vida y ante su futuro. Por ello solamente les interesa el presente, lo actual, lo inmediato; son totalmente relativistas y con un fuerte sentido de provisionalidad. Jóvenes hedonistas, que solamente buscan el placer por el placer, y que son fácilmente vulnerables. Este perfil de joven ha generado, evidentemente, un tipo de joven alejado de lo religioso, de Dios y de la Iglesia»¹⁰.

4. Claves de la tarea evangelizadora de la Iglesia

No podemos caer en la tentación paralizante de los simples análisis. Hoy son necesarias las propuestas operativas. La misión de la Iglesia, hoy más que nunca, se mueve en dos direcciones complementarias y que se auto exigen. Primero, «ad extra»: fortalecer la fe de la comunidad, en un mundo cada vez más cambiante y «líquido». El gran pregón de esta actividad de la Iglesia lo pronunció Benedicto XVI, con motivo del Año de la fe. Y segundo, «ad extra»: la necesidad de abrirse a las periferias -que es algo más que la simple pobreza material- para anunciar la alegría del Evangelio. Pienso, en concreto, en la gran «periferia» de la cultura. En esta actividad, está especialmente empeñado el papa Francisco.

Pero no pueden dissociarse Benedicto y Francisco: La segunda actividad -la misión- hoy sólo es creíble si brota de un convencimiento vital de la fe: sólo un testigo evangeliza. Es la necesidad de ser, como ha dicho Francisco, discípulo-misionero... Sólo puede hablar de él quien está con él. Estas dos direcciones de la evangelización: el fortalecimiento de la fe de la comunidad y su necesaria actividad misionera, van de la mano.

4.1. «Busca la fe: fortalece el don recibido y verás las maravillas de Dios»

Con respecto a la primera actividad, el fortalecimiento de la fe, en la Carta Apostólica *Porta fidei*, Benedicto XVI nos ofrecía esta reflexión: «Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que buscara la fe (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como

¹⁰ *Ibid.*

dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros»¹¹.

Se nos invita a «no ser perezosos en la fe». Esta exhortación paternal, en la mejor línea de espiritualidad paulina, es un tema recurrente en las enseñanzas de Benedicto. En el discurso a la Curia romana del 22 de diciembre de 2011, el Papa emérito señalaba que vivimos una profunda crisis, no sólo económica: «El núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces»¹². Fijos sus ojos en Europa, Benedicto puso en el centro de la reflexión eclesial y como meta de todo plan pastoral la cuestión de la fe: ¿cómo afianzar la fe en los corazones más débiles? ¿Cómo alentarla en los discípulos que buscan una vida de radicalidad evangélica? ¿Cómo transmitirla con eficacia a las nuevas generaciones, colaborando con la gracia de Dios?

El fortalecimiento de la fe nos lleva irremediabilmente a la misión. Así lo expresaba Benedicto XVI: «Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree»¹³.

Es esclarecedor este texto de Benedicto: «Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico *preámbulo* de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de *lo que vale y permanece siempre*. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido (cf. San Agustín, III, 1). La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro»¹⁴.

4.2. Anuncia la fe «revestido de misericordia»

En esta constatación se injerta la convocatoria del papa Francisco a la Iglesia, a constituirse en un estado permanente de misión. Una clave pastoral es la misericordia: «En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el

¹¹ Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, Roma 2011, n. 15.

¹² Benedicto XVI, *Discurso a la Curia romana* (22 de diciembre de 2011).

¹³ Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 10.

¹⁴ *Ibid.*

tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia»¹⁵.

El papa Francisco reclama una evangelización que testimonie la misericordia¹⁶. Pero, a su vez, la gran misericordia de la que está urgentemente necesitado este mundo es una «nueva evangelización». La misericordia urge a un anuncio de la salvación sin ambigüedades. No podemos secuestrarle al hombre este regalo. La «dulce y confortadora alegría de evangelizar», reclama anunciar que la salvación está al alcance de todos, especialmente de los más pobres y los que no cuentan¹⁷.

Hay una doble práctica pastoral insuficiente que puede estar poniendo trabas a la nueva evangelización. A veces, coexisten dos realidades paralelas que no llegan a integrarse: por un lado los grupos más espirituales, que oscurecen el compromiso; y por otro, los grupos más comprometidos, que les cuesta incorporar a sus planteamientos las manifestaciones más religiosas de la fe. Los primeros, falsean una auténtica religiosidad al desligarla del compromiso. Los segundos, reducen la dimensión religiosa a una mera ética, sin la identidad misma del acto de fe. La cuestión de la fe, es hoy una cuestión de misericordia. Así lo expresa Benedicto XVI: «La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino...»¹⁸.

La fe no necesita hoy pregoneros de una noticia sino testigos convencidos de una experiencia. Advirtiendo esta situación, el Papa Benedicto XVI nos dejaba, en su primera encíclica, quizás su cita más popular: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por abrazar una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida»¹⁹.

4.3. Claves para un acompañamiento en la búsqueda de la fe

¿Como acompañar, con una pastoral renovada, el itinerario de la fe del hombre de hoy, facilitando su apertura a la transcendencia hasta gozar el encuentro con el Dios de Jesucristo? No es el objetivo último de esta charla hacer un planteamiento académico. Simplemente lanzo algunos flases arrancados a la propia experiencia pastoral²⁰.

¹⁵ Francisco, *Misericordiae vultus*, n. 12.

¹⁶ Cf. Alfonso Crespo Hidalgo, *La entrañable misericordia de nuestro Dios*, San Pablo, Madrid 2015.

¹⁷ Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n. 10.

¹⁸ Benedicto XVI, Carta apostólica *Porta fidei*, n. 14.

¹⁹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

²⁰ Cf. Alfonso Crespo Hidalgo, *Busca la fe. Fortalecer la fe del pastor para alentar la fe del rebaño*, PPC, Madrid 2012.

Conviene comenzar por señalar algunas anotaciones sobre la misma fe y el acto de creer. Señalo tres:

a) La fe como búsqueda de la razón: Cuando el ser humano se adentra en mí mismo, en el sagrario de su intimidad – *intimor intimo meo*, según la famosa expresión de San Agustín- descubre que su ser no se finaliza en sí mismo sino que aspira a trascenderse y proyectarse en una serie de relaciones fundamentales: con el mundo, con los demás hombres, con la realidad de la propia muerte, con la historia.

En mi relación con los hombres, descubro que hay todo un entramado de relaciones que rompe las soledades, un deseo innato de relación interpersonal. Ello, implica un reconocimiento del valor y de la dignidad del otro, que pide que yo le ame y le ofrezca mi respeto, que es el espacio que hace posible el amor que vence el egoísmo innato. ¿No es razonable pensar que es Dios quien fundamenta el valor y la dignidad del otro? La relación con la muerte, también lleva al hombre a plantearse la pregunta sobre Dios. ¿No es razonable pensar que hay una realidad, a la que llamamos Dios, que está más allá de la muerte que puede salvar a la persona dando a su vida un sentido que le trascienda, que rompe las barreras del aquí y ahora?

Hay, pues razones, para creer. Nuestra fe no es puro sentimiento o emoción, sino que está fundamentada en la riqueza de la razón. Sin la razón, la fe fracasa; sin la fe, la razón corre el riesgo de atrofiarse. Dios es la respuesta racional a muchas preguntas del hombre sobre las cuestiones fundamentales de su vida. La cuestión del hombre no se puede separar de la cuestión de Dios. La tesis de Guardini: «sólo conoce al hombre quien conoce a Dios», encuentra una clara confirmación en esta fusión de la antropología con la cuestión de Dios²¹.

b) La fe como «encuentro»: El Dios de Jesucristo, en quien creemos, es un Dios Padre que sale a nuestro encuentro. Pero si nos miramos nosotros, obra de sus manos, si nos preguntamos por el hombre, descubriremos que es, también, un buscador nato. Un eterno insatisfecho por alcanzar al Eterno, decía un filósofo. Si Dios busca al hombre, el hombre, también, busca a Dios y los caminos del encuentro son variados y plurales, como dirá el poeta León Felipe: «Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol... y un camino virgen Dios».

La Biblia es un libro de actas de encuentros entre Dios que nos busca, se desvela, se revela, y el hombre que busca a Dios, aunque a veces, como dice San Agustín, él no lo sepa: Abrahán, Moisés, David, Job, los profetas. Y en el Nuevo Testamento: los discípulos, junto al lago (cf. Lc 5, 1-11); Nicodemo, evitando lo políticamente incorrecto, se cita de noche (cf. Jn 3, 1-21); Zaqueo se sube al árbol, queriendo ver a Jesús, y se siente sorprendido por Jesús que se invita a su mesa (cf. Lc 19, 1-10); la samaritana, que va en busca de agua y el encuentro con Jesús le aviva la sed que sólo Dios puede calmar (cf. Jn

²¹ Cf. J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*. Sígueme, Salamanca 2001, 197 ss.

4, 1-25); el mismo Pablo, perseguidor de Jesús se siente alcanzado por Cristo, que le cambia la vida (cf. Hch 9, 1-15).

Fue Dios quien inició la búsqueda, fue Él quien nos habló primero. La Historia de la Salvación, es la historia del diálogo de Dios con los hombres, que culmina en la Palabra hecha carne: Jesucristo, nuestro Salvador. Dios nos ha dicho la primera palabra y la Palabra definitiva. Y espera respuesta. La Escritura habla de Dios, del Dios de la vida, del Dios que está en mí y que es distinto de mí; un Dios con el que me puedo encontrar. Un bello versículo del Apocalipsis reviste de humilde humanidad la actitud de búsqueda de Dios al hombre: «Mira, estoy a tu puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). La búsqueda de Dios es toda una invitación al encuentro, que los grandes místicos han descrito como un auténtico banquete de bodas. La fe es la respuesta del hombre a la revelación de Dios. La fe abre la puerta del corazón a Dios que llama y facilita la cena de amistad en común intimidad. La fe es ante todo, como nos ha dicho Benedicto XVI, un encuentro con una persona.

La fe es sobre todo gracia: Él nos dice la primera palabra y pone en nuestro corazón la respuesta adecuada: el don de la fe. Es Dios quien sale a nuestro encuentro, es Él quien pone en lo más profundo de nuestro corazón el deseo de encontrarlo. Un deseo que se aviva y se sostiene con el respaldo de la comunidad de los creyentes. La fe es siempre fruto de un encuentro personal, pero fortalecido y respaldado por la comunidad.

c) Creemos porque amamos: En nuestras lenguas modernas, creer es poner la esperanza sobre algo incierto, confundiendo la fe con una cierta credulidad hacia lo incierto e impersonal. Se cree en el destino, en el azar, o en las fuerzas difusas de la naturaleza. Para la Biblia, sin embargo, creer es poner las esperanzas en lo más cierto: Dios mismo. En hebreo la fe significa lo que es firme, inquebrantable. La fe es firme porque se apoya en la promesa de Dios, el Dios Todopoderoso, que nos ama y nos ha prometido fidelidad. La fe cristiana es la adhesión incondicional a Dios: creer es aceptar a una persona: Jesucristo, el Señor; es aceptar su palabra, decidirse por el Evangelio, aceptar su estilo de vida.

El factor decisivo de esta aceptación no es solo fruto de un proceso racional, también interviene el corazón. En la encíclica conjunta de Benedicto XVI y Francisco, *Lumen fidei* se dice: «Puede ayudarnos una expresión de san Pablo, cuando afirma: *Con el corazón se cree* (Rm 10,10). En la Biblia el corazón es el centro del hombre, donde se entrelazan todas sus dimensiones: el cuerpo y el espíritu, la interioridad de la persona y su apertura al mundo y a los otros, el entendimiento, la voluntad, la afectividad. Pues bien, si el corazón es capaz de mantener unidas estas dimensiones es porque en él es donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo. La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de

conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción, su capacidad de iluminar nuestros pasos. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz»²².

La clave de la fe es el amor. «Creemos porque amamos», decía el beato cardenal *Newmann*. El gozo de la fe, como el gozo del amor, comienza en la donación, en ir mucho más allá de lo que se ve. El amor es una forma de conocimiento. El amor es la experiencia que hace cristalizar la fe. La fe ensancha la tendencia natural del ser humano a la relación y la lanza hasta el infinito, porque la relación con Dios la colma de plenitud y sentido. Así, podemos entender el famoso grito de san Agustín: «nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»²³. Y comprender mejor su queja amorosa: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!»²⁴.

5. Tender puentes a la trascendencia

La tarea evangelizadora tiene, hoy, un preámbulo necesario: promover y predicar, desde campos muy diversos, la necesaria apertura a la trascendencia.

Ofrezco dos sugerencias para nuestra reflexión. Primero, reflexionar sobre dos puentes hacia la trascendencia, especialmente adecuados para nuestro tiempo: la búsqueda de la Verdad y el goce de la Belleza. Después, ejemplarizamos este anhelo de trascendencia en una experiencia concreta: Agustín de Hipona; dialogaremos con el santo desde el hermoso libro de sus *Confesiones*.

5.1. Dos puentes privilegiados con la trascendencia: la Verdad, la Belleza

Hay dos puentes privilegiados con la trascendencia: la verdad y la belleza. Escritas con minúscula reflejan la inquietud que habita en muchos corazones, aunque a veces no se sepan formular. Escritas con mayúscula, apuntan al Absoluto...

a) La búsqueda inquietante de la Verdad: En la *JMJ Madrid 2011*, dirigiéndose a los profesores, constaba la crisis de la enseñanza con palabras muy precisas: «A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento... Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación... Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser

²² Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei* (Roma 2013), n. 26.

²³ San Agustín, *Confesiones*, BAC Madrid 1988, Libro I, 1.

²⁴ *Ibid.*, X, 27. Cf. Benedicto XVI, *Catequesis sobre san Agustín en la Audiencia General* (3 de enero de 2008).

dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor... Los jóvenes necesitan auténticos maestros... personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad...»²⁵.

El Papa invitaba a suscitar la *sed de verdad*. Para esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que *el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero*: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad: pues *no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*" (*Caritas in veritate*, n. 30)... En segundo lugar, hay que *considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance*. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero *no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva*»²⁶.

b) El reflejo de la Belleza: En el marco incomparable de la Capilla Sixtina, definido por Benedicto XVI como «santuario de fe y de creatividad humana», el Papa Juan Pablo II dirigía una *Carta a los artistas* en la que el pontífice, también él artista, con la solemnidad de un documento papal y el tono amigable de una conversación, se dirigía a «los que con apasionada entrega buscan nuevas *epifanías* de la belleza para ofrecerlas al mundo a través de la creación artística»²⁷, reclamando de ellos la perfecta sintonía entre fe y arte.

Treinta años antes, el Papa Pablo VI, en el mismo escenario, reafirmaba la amistad entre la Iglesia y las artes: «Nuestro ministerio necesita vuestra colaboración. Porque, como sabéis, nuestro ministerio consiste en predicar y hacer accesible y comprensible, es más, conmovedor, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. Y en esta misión... vosotros sois maestros. Es vuestro oficio, vuestra misión y vuestra arte consiste en aferrar del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabra, de colores, de formas, de accesibilidad»²⁸.

Todos hemos quedado sobrecogidos contemplando la Capilla Sixtina. En la pluralidad de sus frescos y en la variedad de sus autores, queda como eje central siempre el Juicio Final. Cuando contemplamos su grandeza, los frescos de Miguel Ángel nos llaman a la reflexión y a la admiración. Como dice Benedicto XVI: «El Juicio Final, recuerda que la historia de la humanidad es movimiento y ascensión, es incansable tensión hacia la

²⁵ Benedicto XVI, *Discurso en los jóvenes profesores en la JMJ de Madrid* (2011). El papa Francisco hace un análisis profundo sobre lo que ha denominado el «paradigma tecnológico» y sus consecuencias en *Laudato sí'* (Roma 2015), nn. 106-114.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Juan Pablo II, *Carta a los artistas* (Roma, 7 de mayo de 1999).

²⁸ Pablo VI, *Enseñanzas II* (1964) 313 y ss.

plenitud, hacia la felicidad última, hacia un horizonte que siempre sobrepasa el presente, aunque lo atraviesa. En su dramatismo, sin embargo, este fresco nos pone ante nuestros ojos también el peligro de la caída definitiva del hombre, amenaza que incumbe sobre la humanidad cuando se deja seducir por las fuerzas del mal... Miguel Ángel ofrece de este modo a nuestra visión, el Alfa y el Omega, el principio y el final de la historia, y nos invita a recorrer con alegría, valentía y esperanza el itinerario de la vida»²⁹.

Una función esencial de la verdadera belleza, ya expuesta por Platón, consiste en provocar en el hombre una saludable «sacudida», que le haga salir de sí mismo, le arranque de la resignación, de la comodidad de lo cotidiano, le haga también sufrir, como un dardo que lo hiere pero que le «despierta», abriéndole nuevamente los ojos del corazón y de la mente, poniéndole alas, empujándolo hacia lo alto. Cita Benedicto a Dostoyevski: *La humanidad puede vivir sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero sin la belleza no podría seguir viviendo, porque no habría nada que hacer en el mundo...* La belleza golpea, pero por ello mueve al hombre hacia su destino último, lo pone en marcha, lo llena de nueva esperanza, le dona la valentía de vivir hasta el final el don único de la existencia»³⁰. El mundo en el cual vivimos, necesita belleza para no precipitarse en la desesperación. La belleza, como la verdad, es lo que infunde alegría en el corazón de los hombres, es el fruto precioso que resiste a la degradación del tiempo, que une a las generaciones y las hace comulgar en la admiración.

La búsqueda de la belleza de la que hablo, evidentemente, no consiste en una fuga irracional o en un mero esteticismo. Se trataría de una belleza seductora pero hipócrita, que estimula el apetito, la voluntad de poder, de poseer, de prepotencia sobre el otro y que se transforma, rápidamente, en lo contrario, asumiendo los rostros de la obscenidad, de la trasgresión o de la provocación en sí misma.

La auténtica belleza, por el contrario, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de salir hacia el otro, hacia más allá de sí mismo. Se habla, en este contexto, de una *via pulchritudinis*, un camino de la belleza que constituye al mismo tiempo un recorrido artístico, estético, y un itinerario de fe, de búsqueda teológica. El camino de la belleza nos conduce, entonces, a tomar el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito, Dios en la historia de la humanidad.

El creyente es «custodio de la belleza». Al aceptar su origen en Dios; al enaltecerla en su propia vida, caminando bajo su luz y al deseársela ardientemente hasta la plenitud, esperando la eternidad. San Agustín, cantor enamorado de la belleza, reflexionando sobre el destino último del hombre y como comentando la escena del Juicio, siglos antes de la ejecución de la bella obra de Miguel Ángel, escribía: «Gozaremos, entonces de una visión, hermanos, nunca contemplada por los ojos, ni oída por los oídos, nunca imaginada por la fantasía: una visión que supera todas las bellezas terrenas, la del oro, la de la plata,

²⁹ Benedicto XVI, *Discursos a los artistas* (Roma, 21 noviembre 2011).

³⁰ Cf. *Ibid.*

la de los bosques y de los campos, la del mar y del cielo, la del sol y la luna, la de las estrellas y los ángeles; la razón es ésta: es la fuente de cualquier otra belleza»³¹. Ciertamente, la *via pulchritudinis*, la vía de la belleza, es un puente privilegiado y fascinante para acercarse al Misterio de Dios.

5.2. Un paradigma: san Agustín o la inquietud que anima en el corazón humano

Esta búsqueda de transcendencia, el anhelo oculto de encontrar a Dios, esta inquietud que anida en el corazón humano, que a veces camina por los puentes de la Verdad y la Belleza, la vivió de forma radical San Agustín.

Señalaba el Papa emérito que el tema fe y razón, es el tema determinante de la biografía de san Agustín: «De niño había aprendido de su madre, Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su razonabilidad y no quería una religión que no fuera expresión de la razón, es decir, de la verdad. Su sed de verdad era radical y le llevó a alejarse de la fe católica. Pero su radicalidad era tal que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la misma verdad, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera sólo una hipótesis última cosmológica, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida. De este modo, todo el itinerario intelectual y espiritual de san Agustín constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema no sólo para hombres creyentes, sino para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano»³².

La armonía entre fe y razón significa sobre todo que Dios no está lejos: está cerca de nuestro corazón y de nuestra razón, si realmente le buscamos. Para Agustín, la lejanía de Dios equivale, por tanto, a la lejanía de sí mismos. Con palabras cargadas de un profundo existencialismo, dirá el santo: «tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío, *-interior intimo meo et superior summo meo*»³³. El desafío para la vida de Agustín fue recorrer esta distancia «virtual» entre Dios y el hombre. Agustín hizo este itinerario intelectual y espiritual en primera persona y supo presentarlo en sus obras con cercanía, profundidad y sabiduría excepcionales: el hombre

³¹ San Agustín, *In Ep. Jo. Tr. 4,5: PL 35*, Cf. Cf. Benedicto XVI, Catequesis sobre san Agustín en la Audiencia General (3 de enero de 2008).

³² Benedicto XVI, *Catequesis en la Audiencia General* (31 de enero de 2008). En este sentido, siguen siendo famosas sus dos fórmulas (Sermones, 43, 9) con las que expresa esta síntesis coherente entre fe y razón: *crede ut intelligas* («creer para comprender») -creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad-, pero también y de manera inseparable, *intellige ut credas* («comprende para creer»), escruta la verdad para poder encontrar a Dios y creer».

³³ San Agustín, *Confesiones*, Libro III, 6, 11.

es un enigma y un abismo que sólo ilumina y colma Cristo. Por ello, el hombre sólo puede encontrarse a sí mismo si se encuentra con Dios (*Confesiones*, Libro XI, 1, 1)»³⁴.

El itinerario espiritual de Agustín puede convertirse, hoy, en un paradigma de la búsqueda de Dios. «Agustín se presenta ante sus lectores *no como el hombre que sabe, sino como el que busca*. Se ha empeñado en acumular el máximo de saber de su tiempo, y en constante búsqueda de la verdad, recorriendo lo más recóndito de su interioridad, nos dejará un relato de su propia experiencia. Él ha vivido intensamente la trama de la conversión que nos cuenta detalladamente en sus *Confesiones*, una inmensa carta dirigida a Dios, cuando Agustín cuenta cuarenta y seis años»³⁵.

Agustín nos relata su conversión, marcada por una tensión ascendente entre la tendencia humana hacia la trascendencia y la experiencia reiterada de dispersión que trastorna este objetivo: «Tú nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». La inquietud por alcanzar el objetivo se convierte en momentos de la vida en «tensa tensión» dado el ambiente que tiende a alimentar la lejanía u olvido de este Dios al que tendemos por naturaleza.

Esta inquietud que late en el corazón humano se reviste de distintas modalidades en cada época. El papa Francisco ha hablado de esta inquietud manifestada, hoy, en la búsqueda del significado de la vida, en el deseo de conocer a Dios y en el amor a los otros³⁶. Inquietud que el mundo tiende a apagar difundiendo un secularismo militante, pero que no ha conseguido ahogar este ansia de Dios. Nuestra época no está decidida a establecerse de forma definitiva en la incredulidad. Aunque muchos lo proclamen exteriormente, la inquietud sigue, interiormente, haciendo su efecto. Es lo que se ha llamado la «persistencia de la fe».

La experiencia de Agustín, reflejada en sus *Confesiones*, puede iluminar a la humanidad de siempre, hambrienta de verdad, de belleza, de felicidad y de amor, de una búsqueda inquietante de trascendencia, aunque «a veces, no lo sepa o no lo manifieste, explícitamente».

Alfonso Crespo Hidalgo
Valencia 22 de febrero de 2017

³⁴ «Un gran enigma» -magna quaestio- y «un gran abismo», -grande profundum-: Cf. *Confesiones*, Libro IV, 4, 9; 14, 22: Cf. Benedicto XVI, *Catequesis en la Audiencia General* (30 de enero de 2008).

³⁵ Tomás Álvarez, *En camino. Quince testigos*, Monte Carmelo, Burgos 1995, pág. 91. Es clave la lectura de San Agustín en la conversión definitiva de Santa Teresa: cf. Alfonso Crespo Hidalgo, *Fuga y retorno de Teresa. La secreta seducción de Teresa de Ávila*. San Pablo 2015.

³⁶ Cf. Homilía al 184 Capítulo general de la orden de San Agustín, Roma 28 de agosto de 2013, citado en Andrés G. Niño, *Ejercicios espirituales con San Agustín*, San Pablo, Madrid 2016, 21.